

ron constantemente adictos á este término, que vino á ser despues la señal distintiva de los católicos: estendieron entonces la profesion solemne de fé, que es muy comun, bajo el nombre de *simbolo Niceno*. Todos los obispos, á escepcion del pequeño número de arrianos, suscribieron á este símbolo, y pronunciaron anatema contra Arrio y sus sectarios. En virtud de este juicio que la autoridad secular apoyó, pero que ella no previno, el emperador condenó á Arrio al destierro. Tal fué la conclusion de esta célebre asamblea, cuya memoria ha sido siempre venerada en la Iglesia.

Adicion.—Arrio habia seguido el cisma de Melecio, obispo de Lica ó Licópolis en la Tebaida, depuesto en un concilio por el Santo Patriarca Pedro, á causa de haber sacrificado á los ídolos, y por otros muchos delitos. No por esto se corrigió Melecio, antes formó empeño de seducir á una multitud de incautos y espíritus débiles: se erigió en cabeza de secta, contentándose con decir vagamente que se le habia hecho una injusticia, con cuyo pretesto vomitó mil invectivas contra el patriarca Pedro, y llenó todo el Egipto de turbacion y escándalo: procuró ganar á Arrio para sostener su cisma: el écsito fué tal como se podia esperar de dos hombres tan propios el uno para el otro. El Santo Patriarca Pedro pudo, sin embargo, atraer de nuevo á Arrio al verdadero camino, y no solamente le admitió á la comunión, sino que le ordenó de diácono. Mas como la conversion de Arrio no fué sincera, y el santo pastor advirtió su hipocresía, lo arrojó nuevamente de la Iglesia, y no quiso oír hablar mas de este hipócrita, que llevaba muy á mal se escomulgase á los secuaces de Melecio.

San Aquilas que sucedió á Pedro en la silla de Alejandría, fué engañado por Arrio, á pesar de las prevenciones que le hizo, respecto de él su ilustre antecesor, le ordenó de sacerdote y le confirió el gobierno de una de las principales iglesias de Alejandría. Aquilas duró pocos meses en la silla patriarcal; y despues de su muerte se juzgó Arrio con mérito suficiente para ser su sucesor, y se ofendió de que le fuese preferido Alejandro. De aquí tuvo origen el pretendido agravio del sobervio Arrio, por lo que resolvió tomar venganza, y buscó ocasion de censurar la doctrina de su pastor; y en efec-

to, cuando Alejandro predicaba del adorable misterio de la Trinidad, le interrumpió diciéndole con insolencia, que predicaba el Sabelianismo. Tales fueron los principios de su monstruosa heregia.

Entre los obispos fautores principales del arrianismo, que por todos se contaron veinte y dos, fueron los principales los dos Eusebios, el de Nicomedia y el de Cesaréa de Palestina; Paulino de Tiro, Menofanto de Efeso, Aecio de Lida, Segundo de Ptolemaida, Teonas de Marimarica, Maris de Calcedonia, y Tegonis de Nicéa.

EL EMPERADOR SE DEJA SORPRENDER,

Y DESTIERRA A SAN ATANASIO.



EL espíritu de la heregia, que es siempre inquieto y revoltoso, no pudo quedar reprimido por la autoridad del santo concilio de Nicéa. Los arrianos aunque confundidos trataron de suscitar nuevas turbulencias. Escribieron al emperador y fingieron admitir la fé de Nicéa: obtuvieron el que se les levantase el destierro: trabajaron despues en prevenir al emperador con varios artificios contra los obispos católicos, y particularmente contra Atanasio que habia sucedido á San Alejandro en la silla de Alejandría, y á quien miraban como á su mas formidable enemigo: trataron de disculpar á Arrio delante del príncipe, y le persuadieron que no habia sido condenado, sino porque se habia esplicado mal: le representaron que como Arrio tenia buenos sentimientos, seria cosa muy agradable á Dios, que ordenase á Atanasio que lo recibiese en su Iglesia. Era este un lazo que tendian al santo obispo: ellos

muy bien sabian que el prelado rehusaria constantemente el recibirlo, y por su denegacion indispondria al emperador. Este siguió tan pernicioso consejo: mandó á Atanasio que recibiese á Arrio so pena de ser depuesto. No se contentaron con esto los arrianos: publicaron diferentes calumnias contra el santo obispo, y metieron tanto ruido, que el emperador creyó que era necesario ecsaminar por lo menos si tan graves acusaciones tenian fundamento. Convocó á este fin una asamblea de obispos en la ciudad de Tiro, para ecsaminar la conducta de Atanasio; y mandó al acusado que se presentase á ella. Los arrianos habian tenido cuidado de hacer que se nombrasen por jueces obispos de su partido, que tratando á San Atanasio del modo mas indigno, no le permitieron que tomase asiento entre ellos: le obligaron á que estuviese en pié, como un criminal que aguarda únicamente que se pronuncie su sentencia. El santo prelado escuchó tranquilamente las acusaciones que le hacian, y las desvaneci6 con tanta claridad, que sus acusadores quedaron confundidos. Los arrianos no pudiendo oponer nada á la evidencia de sus respuestas, se dejaron arrebatar de su furor contra él, y le hubieran despedazado, si el comisionado del emperador no lo hubiera arrancado de sus manos. Viendo San Atanasio que su vida no estaba segura, tomó el partido de ir á Constantinopla para justificarse delante del emperador. Durante su ausencia, los arrianos no dejaron de pronunciar contra él la sentencia de deposicion, ni se avergonzaron de insertar en esta sentencia las mismas calumnias que habian sido tan plenamente refutadas. Despues habiéndole se

guido á Constantinopla, añadieron contra él una nueva acusacion que creyeron propia para hacer grande impresion en el espíritu del emperador: dijeron que Atanasio habia amenazado de impedir el transporte de la semilla, que se enviaba anualmente de Alejandria á Constantinopla. El santo obispo tuvo á bien protestar contra la falsedad de la acusacion. Constantino prevenido, le juzgó culpable, y le desterró á Tréveris, ciudad considerable de la Galia Belfica, distante ochocientas leguas de Alejandria. Atanasio partió inmediatamente para el lugar de su destierro, y llegó á él á principios del año 336. Tal es el triste destino de los principes: con las mejores intenciones, cometen algunas veces grandes injusticias, porque están espuestos á ser engañados por los malvados, y á confiarse de hombres, que toman la apariencia de virtud, para perseguir á la virtud misma.

(AÑO 336 DE JESUCRISTO.)

MUERTE FUNESTA DE ARRIO,


LOS arrianos animados con los sucesos de su intriga contra San Atanasio, resolvieron restablecer á Arrio á Alejandria. Este heresiarca aprovechándose de la ausencia de San Atanasio, partió para esta ciudad y fué á presentarse á la Iglesia. Pero el pueblo católico no pudo sufrirlo, y se suscitaron

en esta ocasion tan grandes turbulencias, que el emperador se vió obligado á dar órden á Arrio de salirse y pasar á Constantinopla. Para indemnizarlo de la repulsa que habia recibido la Iglesia de Alejandria, resolvieron los arrianos hacerle recibir con un brillante aparato en la de Constantinopla. El obispo de esta ciudad imperial, era un anciano venerable y muy adicto á la fé de Nicéa. Los arrianos hicieron inútiles esfuerzos para que este santo obispo admitiese á Arrio á la comunión. Rehusó constantemente lo que le pedian. Los arrianos se irritaron contra él: le amenazaron que lo harian deponer, é impetrarian una órden del emperador, para hacer que por fuerza recibiese á Arrio en su Iglesia. Se dió en efecto esta órden; y escogieron un domingo para restablecer á este impío, con el fin de hacer su recibimiento mas brillante. Recurrió entonces el santo obispo á Dios: se retiró á su Iglesia: allí solo al pié del altar, postrado su rostro por tierra, los ojos bañados en lágrimas, dirigió á Dios esta oracion humilde y fervorosa: "Señor, si Arrio ha de ser recibido en la Iglesia, yo os pido que antes me saqueis de este mundo; pero si tenéis compasion de ella, como yo confío, no permitais que llegue á ser un objeto de desprecio." El dia siguiente los partidarios de Arrio se reunieron y se obligaron á conducirlo á la Iglesia, á pesar del obispo. Lo acompañaban en las calles como en triunfo; y permitieron el que se pronunciasen discursos insultantes contra el santo prelado. Cuando se aproximaban á la plaza y ya descubrian la Iglesia, Arrio á vista de todo el concurso, se puso pálido, y al mismo tiempo sintió una necesidad natural, que

le obligó á apartarse de la comitiva, y á retirarse á un lugar secreto. Como tardaba mucho, entraron allí y le encontraron muerto, tirado en tierra, nadando en su sangre, y sus entrañas fuera de su cuerpo. El horror de este espectáculo hizo temblar á sus mismos sectarios. Este lugar quedó abandonado: no se atrevian á acercarse á él, y le mostraban con el dedo como un monumento de la venganza divina. Muy pronto se divulgó este suceso; y el santo prelado el dia siguiente á la cabeza de todo su pueblo ofreció á Dios solemnes acciones de gracias, no porque Arrio hubiese tenido tan desastroso fin, cuya infeliz suerte lloraba, sino por haberse dignado de repeler al herege que marchaba con audacia á forzar la entrada del santuario. El emperador hizo profundas reflexiones sobre este acaecimiento: reconoció la mano de Dios, y concibió una aversion muy grande á esta secta impía: sintió la falta que habia cometido en desterrar á San Atanasio, é iba á levantar su destierro, cuando le impidió la muerte ejecutar su resolucion; pero lo dejó mandado antes de morir.

(AÑO 337 DE JESUCRISTO.)

DECRETO DE LIBERTAD Y JUSTIFICACION DE S. ATANASIO.

 El emperador Constantino habia dejado tres hijos, Constantino, Constancio y Constante, que divi-

dieron entre si el imperio. El primero, bajo cuyo mando se hallaban las Galias, restableció á San Atanasio en su silla. Le envió de nuevo á Alejandria con una carta en que hacia grandes elogios de su virtud, y mostraba mucha indignacion contra sus enemigos. Dice que en restituir al santo prelado á su grey, no hacia otra cosa que ejecutar el piadoso designio de su padre, quien sin duda le habria levantado el destierro, si la muerte no se le hubiese anticipado: cuando Atanasio, pues, (añade) haya llegado, vosotros conoceréis muy bien el honor que le damos; y no debeis sorprenderos, pues á nosotros nos ha movido vivamente, tanto la afliccion que os ha causado su ausencia, como el respeto de que nos sentimos penetrados por su virtud. El santo patriarca pasó por la Siria y llegó á Alejandria: allí fué recibido con trasportes de gozo: el clero y los fieles ocurrieron en gran número á verle: todas las Iglesias resonaban con cánticos de acciones de gracias: á este acto, los enemigos de San Atanasio concurreron á despecho suyo: ellos se quejaban de su vuelta como de un hecho contrario á los cánones, diciendo que no podia ser restablecido sino por la autoridad del concilio: inventaron contra él nuevas calumnias, y movieron todos los resortes para perderle. Interesaron al emperador Constancio, á quien habia tocado en la particion el Oriente: le representaron á Atanasio como un espíritu inquieto y turbulento, que despues de su vuelta habia escitado varias sediciones, le acusaron falsamente y sin prueba alguna de que habia retenido las semillas destinadas al alimento de las viudas y de los eclesiásticos que habitaban los lugares inmediatos, donde no

habia ni un grano de trigo. No fué difícil al santo prelado manifestar la falsedad de estas acusaciones; pero la calumnia descubierta, no dispó la prevencion de Constancio. Este desgraciado príncipe se habia entregado á discrecion de los arrianos: no escuchaba mas que lo que le decian contra Atanasio, y cerró los oidos á cuanto podia justificarlo. Los enemigos del santo obispo obtuvieron del emperador el permiso de elegir un nuevo patriarca para la silla de Alejandria, en lugar de Atanasio: esta era su principal intencion: ellos no perdieron tiempo: luego que obtuvieron lo que deseaban, se reunieron sin dilacion: depusieron á Atanasio y ordenaron en su lugar un eclesiástico escomulgado llamado Pisto. Este mal presbítero, como el obispo que le consagró, habian sido escomulgados en el concilio de Nicéa. El papa, instruido de esta ordenacion cismática, rehusó su comunión al intruso, y todas las Iglesias católicas lo anatematizaron. De este modo Pisto nunca pudo tomar posesion de la dignidad que deseaba usurpar. La Iglesia católica siempre ha detestado el cisma, y ha rechazado con horror á aquellos que se apoderan de una silla, cuyo legítimo pastor vive y está autorizado para ella: en todo tiempo ha declarado que un usurpador carece siempre de autoridad y jurisdiccion, que no es obispo sino adúltero, ni pastor sino un salteador y un lobo que entra al aprisco para disipar y matar al rebaño. San Atanasio oprimido por sus enemigos que lo eran igualmente de la religion, escribió al papa para pedir justicia de este atentado. Él mismo fué á Roma, é impuso al papa de todo cuanto habia pasado. Ocupaba entonces la Santa

Sede San Julio, quien acogió benignamente al santo prelado, y convocó un concilio para juzgar este hecho. San Atanasio quedó justificado y confirmado en la posesion de su silla. Tenemos la carta que el soberano pontífice escribió con este objeto: en ella defiende la verdad, con un vigor digno del gefe de los obispos. Se veía que desde los primeros siglos de la Iglesia era el papa el sucesor de San Pedro, propuesto por el mismo Jesucristo, para conducir á todo el rebaño que á él recurrían en las causas graves que interesaban á la fé y á la disciplina. Los mas grandes obispos de la antigüedad se dirigian á la Santa Sede para hacer que se reformasen los juicios injustos formados contra ellos: se han reconocido siempre en el papa, no solo una preeminencia de honor, sino tambien una primacia de jurisdiccion y autoridad, que se estiende á toda la Iglesia. Esta primacia ha sido mirada como un artículo de fé.

VIOLENCIAS QUE EJECUTABAN LOS CISMATICOS.

EL poco efecto que la empresa del primer usurpador habia producido, no desalentó á los enemigos de San Atanasio. Dispusieron mejor sus medidas para establecer en Alejandría otro obispo, y hacer que fuese recibido: eligieron uno oriundo de Capadocia llamado Gregorio, y por autoridad del emperador le pusieron en posesion á mano armada de la silla de San Atanasio, que se vió en la necesidad de

huir; y por este motivo cometieron escesos é impiedades horribles. Se vió entonces, como despues frecuentemente se ha visto, cuál es el espíritu que anima á los cismáticos, y á qué furores se arrojan cuando los sostiene el poder del príncipe. La intrusion violenta de Gregorio habia conmovido y alarmado á Alejandría: el pueblo católico llenaba las Iglesias que estaban abiertas. El oficial del emperador ganó al populacho, judíos y gentes viciosas: reune los pastores y la juventud mas insolente en las plazas públicas, los alienta y los envia en tropa contra los católicos que se hallaban recogidos en las Iglesias. A unos hollaba con los pies, á otros golpeaba con masos ó pasaba á filo de espada: los presbíteros eran arrastrados al tribunal del gobernador, y abofeteados á presencia del mismo Gregorio cuando rehusaban comunicar con los impíos. Las vírgenes consagradas á Dios fueron despojadas y azotadas con varas cruelmente. Quitaban el pan á los ministros de la Iglesia para hacerlos morir de hambre; y á la atrocidad de esta conducta, añadian la impiedad de presentar estas crueles é indecentes escenas, particularmente en los dias que precedian á la fiesta de Pascua. El mismo dia viernes santo entró Gregorio con una escolta de soldados paganos, á una Iglesia de que queria apoderarse: é hizo azotar públicamente y aprisionar treinta y cuatro personas, de las cuales las mas eran vírgenes y mugeres honestas: de este modo se apoderó de todas las Iglesias; de suerte que el clero y el pueblo católico se veian en el estrecho, ó de separarse del lugar santo, ó de comunicar con el intruso. El papa tomó la defensa de San Atanasio, y en un concilio de

ciento setenta obispos declaró ser nula la ordenacion del intruso. Esto, sin embargo, no sirvió de obstáculo para que despues de la muerte de Gregorio, los enemigos de San Atanasio le nombrasen un sucesor, y renovasen todas las escenas de la primera intrusion. Los cismáticos conturbaban al pueblo reunido para orar: estragaron muchas vírgenes de sus casas, y á otros insultaban en las calles, principalmente por sus mugeres: los que se paseaban insolentemente como ebrios, buscaban ocasion de ultrajar á las mugeres católicas. No solo se enardeció la persecucion en Alejandria, se estendió tambien por todo el Egipto: allí se recibió una orden del emperador para echar de las Iglesias á los obispos católicos: en su lugar ponian jóvenes corrompidos, que trataban los negocios de la Iglesia con arreglo á una política puramente humana. Estos falsos pastores comenzaron á alterar la fé en Egipto, donde la doctrina católica habia sido predicada hasta entonces con una entera libertad: y como los verdaderos fieles se retiraban de ellos, tomaron por esto motivo para ultrajarlos, ponerlos en prision y confiscar sus bienes.

El cisma, como despues en la Iglesia siempre se ha manifestado con los mismos caractéres, con hechos muy parecidos á estos, de suerte que es imposible desconocerlo; las mismas son ahora sus escenas, sus indecencias y violencias. Es preciso si así puede esplicarse, que esta sea su natural fisonomia. No podria ponerse en duda de qué parte está el cisma; la cosa es indubitante. En todos tiempos los perseguidores han sido los cismáticos, los perseguidos han sido siempre los católicos.

(AÑO 355 DE JESUCRISTO.)

EL EMPERADOR CONSTANCIO TURBA TODA LA IGLESIA.

REGANDO á ser Constancio solo, el señor de todo el imperio, por la muerte de sus dos hermanos, publicó un edicto para obligar á todos los obispos á que suscribiesen la condenacion de Atanasio bajo la pena de destierro. Creian no poder destruir la fé de Nicéa sin perder á su mas celoso defensor. Para conseguirlo, hizo que los obispos se reuniesen en Arlés y despues en Milán: él mismo se presentó como acusador á este concilio: los obispos representaron á este príncipe que no podian condenar á Atanasio sin violar los sagrados cánones: que mi voluntad os sirva de cánones, respondió el emperador, obedeced ó salid desterrados. Le representaron que no era suyo el imperio, sino de Dios que se lo habia confiado: que debia temer sus juicios, que no quisiese confundir el gobierno de la Iglesia con el del estado. Esta respuesta tan digna de la firmeza episcopal, llenó de furor á Constancio: sacó entonces la espada, y dió orden de que llevasen al suplicio algunos de los obispos. Mudó luego de parecer y se contentó con desterrarlos: los que rehusaron suscribir, fueron arrojados de sus sillas, y en su lugar pusieron obispos de la faccion arriana. El papa Liberio que al principio mostró mucha firmeza,

fué desterrado á Beréa en la Trasia; pero rendido despues por las incomodidades de su destierro, tuvo la debilidad de firmar la condenacion de Atanasio: muy pronto se levantó de esta caida y reparó el escándalo que habia dado. Poco tiempo despues, el emperador que mas bien se ocupaba en turbar la Iglesia que en gobernar el imperio, hizo que se convocase un concilio en Rímini de Italia, en el mismo tiempo en que se celebraba el de Seleucia en el Oriente: este último, mucho menos numeroso, no tuvo efecto, y se disolvió sin que nada se hubiese concluido. El concilio de Rímini, mientras con libertad se hacian sus sesiones, mantuvo la verdad católica; rehusó admitir una nueva profesion de fé: declaró que era preciso sostener el símbolo de Nicéa en que nada habia que quitar ni añadir: anatematizó á Arrio y sus partidarios. Los obispos en número de trescientos veinte, suscribieron este decreto, y los arrianos que rehusaron hacerlo, fueron condenados y depuestos. Pero el emperador prevenido por los arrianos, dió orden al prefecto Tauro que no dejase disolver el concilio, hasta que los obispos hubiesen firmado una fórmula capciosa, en que se omitia la palabra *consustancial*, y de desterrar á aquellos que mas se obstinasen en desecharla. Entonces la mayor parte de los padres que se detenia en Rímini, impacientes de estar por tan largo tiempo separados de sus Iglesias, intimidados con las amenazas de Tauro, se dejaron engañar de los arrianos, y creyendo que el sentido de la palabra *consustancial*, se espresaba en otros términos, suscribieron aquella fórmula sin conocer su veneno. Los arrianos no tardaron en triunfar. Cuan-

do los padres de Rímini conocieron el engaño, manifestaron su indignacion y arrepentimiento: desecharon valerosamente el mal sentido que los arrianos daban á la fórmula suscrita, y declararon su adhesion á la fé de Nicéa. Esto es lo que dió lugar á aquella célebre espresion de San Gerónimo: "que el mundo se asombró de encontrarse arriano;" pero no lo era en efecto. Todas las faltas de los padres de Rímini consistian en haber dado lugar al triunfo del arrianismo por sorpresa y sin pensarlo. Por otra parte, el mas grande número de obispos repartidos en toda la Iglesia, no tuvieron parte alguna en la seduccion; al contrario, ellos declamaron y el papa Liberio el primero, con el mas esforzado celo contra este escándalo; y desaprobaron las actas del concilio de Rímini. Es tan cierto que la enseñanza pública de la fé no tuvo entonces variacion alguna, que San Atanasio dos años despues del concilio, decia en una carta al emperador Joviano: "la fé de Nicéa, que confesamos, ha subsistido en todo tiempo: todas las Iglesias la siguen: las de España, de la Gran Bretaña, de la Galia, de Italia, de la Dalmacia, de la Dacia, de la Micia, de la Macedonia, las de toda la Grecia, de toda la Africa, de Cerdeña, Creta, Chipre, Panfilia, Licia, Isauria, Egipto, Libia, Ponto, Capadocia tienen la misma fé, y todas las del Oriente, á escepcion de una ú otra. Así es que no solamente todo el imperio romano, sino aun todo el universo, hasta los pueblos mas bárbaros pensaban lo mismo, y nunca ha habido por parte del error, mas que un número muy pequeño, en comparacion de todas las Iglesias que lo han desechado: ni el concilio de Rímini, ni las crueles

y largas persecuciones de Constancio, ni el favor con que protejió á los arrianos han podido alterar la fé de la Iglesia católica.”

CELO DE SAN HILARIO DE POITIERS

EN DEFENSA DE LA FE DE NICEA.

Dios suscitó en las Galias un ilustre defensor de la consubstancialidad de su hijo, en S. Hilario, obispo de Poitiers. Este santo prelado trabajó en el Occidente del mismo modo que San Atanasio en el Oriente: se opuso con un valor inflexible á la impiedad de los arrianos: tuvo la dicha de preservar á su patria del contagio y de mantener allí la fé de Nicéa. Como el emperador Constancio, mucho tiempo hacia, trabajaba por estender el arrianismo, presentó á este príncipe un memorial, en que le supplica que ponga término á las persecuciones injustas que padecía la mayor parte de las Iglesias, privadas de sus pastores, y entregadas á falsos obispos que se apoderaban de ellas con mano armada. La generosa libertad con que habla al emperador, ya era necesaria. Se opuso con fortaleza á las intrigas de Saturnino, obispo de Arlés, escomulgado, tanto por sus vicios, como por sus relaciones con los arrianos, quienes lo protegían poderosamente. Constancio informado por Saturnino del celo de S. Hilario, desterró al santo obispo á la Frigia. Este destierro fué una disposición de la divina Pro-

videncia, que hizo que sirviese á la ejecucion de sus designios la voluntad depravada de los hombres. El emperador convocó poco tiempo despues un concilio en Seleucia, con el designio de abolir en él los cánones de Nicéa. Como los hereges estaban divididos entre sí, y formaban dos partidos opuestos, uno de ellos invitó á San Hilario para que asistiese al concilio, esperando que se uniese á ellos, con el fin de sacar esta ventaja para confundir al partido contrarió. El santo prelado vino á Seleucia, y allí defendió la fé de Nicéa con una firmeza, que confundió á los enemigos de la verdad. Pasó despues á Constantinopla, y pidió al emperador una conferencia pública para combatir en ella á los hereges á su presencia, y demostrarles la falsedad de su doctrina, por las continuas variaciones con que la presentaban. “Despues del santo concilio de Nicéa, dice, aquellos á quienes concedeis vuestra confianza, no hacen otra cosa que componer símbolos: su fé, no es la fé de los Evangelios, sino de las congeturas: el último año han variado cuatro veces su símbolo: entre ellos la fé tiene tantas variaciones como sus voluntades, y su doctrina igualmente se muda como las costumbres: cada año, y aun cada mes producen nuevos símbolos: destruyen lo que antes habian hecho: anatematizan lo que primero habian sostenido: no hablan mas que de la Escritura Santa y la fé apostólica; mas esto es para engañar á los débiles y debilitar la doctrina de la Iglesia.” Esta reflexion puede aplicarse á las diversas heregías que han nacido en los siglos posteriores al de San Hilario. Los arrianos que temian el ardor de su celo y la fuerza de